

¿QUÉ HAY DE POSITIVO EN LA EUGENESIA POSITIVA?

Blanca RODRÍGUEZ LÓPEZ *

Resumen

El término «eugenesia» está lleno de connotaciones negativas, por lo general debidas a su asociación con los crímenes cometidos por los nazis y con prácticas tales como la esterilización forzada. Al mismo tiempo, su significado es indeterminado. Esto influye en el debate contemporáneo sobre el conocimiento genético y las técnicas asociadas aplicadas a la reproducción humana. Con el objetivo de clarificar el debate, en este trabajo ofrecemos tanto una visión histórica más amplia de la eugenesia de finales del siglo XIX y principios del XX como una discusión de los rasgos distintivos de la nueva eugenesia. Por último, centrándonos en la eugenesia liberal en su vertiente positiva, repasaremos algunas de las críticas principales, así como los argumentos ofrecidos en su defensa.

Abstract

«Eugenics» is a term full of negative connotations, mainly due to its association with Nazi crimes and policies of compulsory sterilization. At the same time, its meaning is indeterminate. Both things have an enormous influence in the contemporary debate about the new genetic knowledge and technologies applied to the human reproduction. With the aim of clarifying this debate, we first offer a more accurate picture of the history of the old eugenic movement and a review of the distinctive characteristics of the new eugenics. In the last part, we focus on the positive liberal eugenics, considering some of the main criticisms as well as the arguments put forward in its favour.

Palabras clave

Eugenesia, eugenesia liberal, eugenesia positiva, reprogenética, mejora genética.

Key words

Eugenics, Liberal Eugenics, Positive Eugenics, Reprogenetics, Genetic Enhancement.

* Profesora contratada doctora en la Universidad Complutense de Madrid.

SUMARIO: I. El sueño de Graham; II. La sombra del pasado; 1. La Alemania nazi; 2. Coerción; 3. Conservadora y Racista; 4. Negativa; 5. Territorio común; 6. La debacle; III. Ahora es el momento; IV. ¿Segundo asalto?; 1. ¿Qué tiene de malo?; 2. Control social; 3. Las cualidades de la raza; 4. ¿Qué es lo deseable?; V. Eugenesia positiva; 1. ¿Qué tiene de positivo?; 2. ¿Qué tiene de negativo?; 3. Balance; Bibliografía.

I. EL SUEÑO DE GRAHAM

EL 29 de febrero de 1980 *Los Angeles Times* informaba de la existencia de un banco de esperma. El artículo provocó de forma inmediata un gran revuelo.

La historia no era nueva. La inseminación artificial en humanos está documentada desde finales del siglo XVIII, el primer caso confirmado de inseminación artificial con esperma proveniente de un donante data de 1884, la congelación de semen se inició en la década de los cuarenta del pasado siglo y unos años después, en 1953, se logró la primera inseminación artificial exitosa con semen que había sido congelado. En sus comienzos, todas estas técnicas fueron objeto de controversia, en especial la utilización de semen de donante. Cuando en 1954 el asunto saltó a la palestra pública desde las páginas de *The British Medical Journal* el escándalo fue mayúsculo. Prácticamente todo el mundo, desde políticos a líderes religiosos, la condenaron unánimemente y abogaron por su prohibición. Problemas morales y legales parecían hacer la donación de esperma sencillamente inadmisibles. El Papa calificó la práctica de pecado y propuso que se enviara a la cárcel a quien usara tan pecaminoso procedimiento, el Arzobispo de Canterbury instó al Parlamento a que prohibiera la donación de esperma y diversos tribunales establecieron que, con independencia del consentimiento del marido, la práctica era asimilable al adulterio y por tanto debía ser prohibida y perseguida por inmoral. Los niños así concebidos debían ser considerados ilegítimos, pues el padre no era el marido de la madre. Pero poco a poco las aguas se fueron calmando, al menos en Estados Unidos. En 1964 el estado de Georgia fue el primero en establecer que los hijos concebidos con semen de donante se considerarían legítimos si la inseminación había contado con el consentimiento del marido y en 1973 se aprobó la *Uniform Parentage Act*, según la cual el marido de la mujer inseminada es considerado a todos los efectos el padre del niño. Con la tecnología necesaria y una legislación amable, el primer banco de esperma abrió sus puertas en 1977. Y en la mismísima California.

¿A qué venía entonces tanto revuelo ante el anuncio de la existencia de un banco de esperma más? La respuesta es sin duda que no se trataba, precisamente, de «un banco de esperma más». El titular del artículo era lo suficientemente espectacular para justificar la tormenta que se desencadenó: «*Sperm Bank Donors All Nobel Winners: Plan Seeks to Enrich Human Gene Pool.*» (1) El autor del artículo, Edwin Chen, había tenido noticia de la existencia de dicho banco poco antes, de manera totalmente azarosa. Con un olfato periodístico digno de elogio se dio cuen-

(1) «Todos los donantes del banco de esperma son premios Nobel: un plan que quiere enriquecer el acervo genético de la humanidad». Traducción propia.

ta de inmediato de que tenía entre sus manos una de esas noticias que hacen época y ni corto ni perezoso inició una investigación que en poco tiempo le llevó a localizar al promotor de la idea, Robert K. Graham, un hombre que, ya pasados los setenta, había decidido dedicar su tiempo, su energía, que era mucha, y su dinero, que no era poco, ganado en el negocio de la óptica, a realizar un sueño y cumplir una misión. Ambas cosas, sueño y misión, aparecían en el titular de prensa: enriquecer el acervo genético de la humanidad. Hasta entonces, los bancos de esperma eran un simple remedio para la infertilidad. Este banco era distinto. No buscaba solo traer más niños al mundo. Se proponía traer niños mejores. Cuando Chen localizó por teléfono a Graham este, para la sorpresa del periodista, no solo confirmó el proyecto, sino que le concedió una entrevista, le invitó a su casa y le enseñó las instalaciones de su banco. En parte lo hizo porque le pareció inevitable que antes o después su banco saliera a la luz y en parte porque se sentía orgulloso de su proyecto.

El artículo, sin embargo, supuso graves inconvenientes para Graham y su banco. Centenares de periodistas le asediaron durante un buen periodo de tiempo, concedió (alegremente al principio y con menos alegría después) decenas de entrevistas y tal multitud se concentraba a diario ante su puerta que tuvo que contratar seguridad para sus instalaciones. Son incontables los artículos, noticias y referencias diversas en todo tipo de medios, desde prensa escrita a programas de televisión, que aparecieron los meses y años siguientes, casi todos mostrando una fuerte oposición, que tomaba en ocasiones un carácter que tendía al insulto y en otras a la burla. Buena parte de la responsabilidad de esta mala acogida la tuvo el propio artículo y uno de los premios Nobel a los que se hacía referencia en el título, William Shockley, inventor del transistor y premio Nobel de Física en 1956. Chen no se contentó con localizar y entrevistar a Graham. Como el buen periodista que es (y sigue siendo) quería confirmar la noticia antes de publicarla. Graham podía ser un loco o simplemente estar tomándole el pelo, de modo que se puso manos a la obra y, con una lista de todos los premios Nobel cuyos contactos pudo encontrar, se sentó ante un teléfono y empezó a llamarlos uno por uno. Muchos creyeron que se trataba de una broma y todos negaron conocer a Graham o haber oído hablar de su banco. Hasta que llegó a Shockley, quién confirmó estar entre los donantes y habló del proyecto de Graham en términos encomiásticos. Hasta aquí, todo bien: premio Nobel donante de semen localizado y noticia confirmada. Graham no era un loco ni le tomaba el pelo. Pero Shockley no solo era un premio Nobel, sino un personaje muy conocido en los Estados Unidos en esa época, y detestado por sus ideas racistas, que no solo manifestaba más o menos en privado sino que proclamaba a los cuatro vientos dando conferencias por todo el país. Era poco menos que el villano número uno del momento. Chen publicó la participación de Shockley junto con la noticia de la existencia del banco. La noticia, y el escándalo, estaban servidos.

El banco de Graham se llamaba *Repository for Germinal Choice* (en realidad, su nombre completo fue en un principio *Hermann J. Muller Repository for Germinal Choice*), estuvo en funcionamiento desde 1980 a 1999 y fue responsable del nacimiento de 215 niños. Y la polémica nunca le abandonó. Ni la demanda: nunca tuvo suficiente semen para cubrir la tremenda demanda de mujeres que se acercaban a su banco en busca del semen que allí se proporcionaba. En este trabajo intentaremos explicar ambas cosas, la polémica y la demanda.

Empezaremos por la polémica. Graham tenía un sueño. Quería contribuir a que nacieran tantos niños como fuera posible, dotados de las mejores cualidades genéticas que pudieran conseguirse. Utilizó para ello los únicos medios de los que se disponía en el momento: semen de individuos con las mejores cualidades posibles con el que inseminar a mujeres con las mejores cualidades posibles. Y ofrecía a las mujeres que se acercaban a su banco un catálogo (naturalmente anónimo, en el que los donantes aparecían con un código de colores) en el que se listaban las características más relevantes de los donantes (profesión, edad, aficiones, características físicas, coeficiente intelectual) para que pudieran elegir el que mejor se ajustara a sus expectativas. Y no lo hacía como un negocio, sino de modo totalmente altruista: ni los donantes cobraban ni las mujeres pagaban. No puede uno dejar de preguntarse, ¿qué tiene esto de malo?

En 2005 apareció un libro escrito por el periodista David Plotz dedicado a seguir el rastro de los niños nacidos con esperma del banco de Graham, en el que el autor rememora el momento en que oyó hablar del banco por primera vez. Tenía diez años y estaba sentado junto a su padre, que leía el periódico, a la mesa del desayuno. De repente, el padre soltó el periódico y profirió una exclamación «¡Es la idea más tonta que he oído nunca!» (2). Se refería al banco de Graham. El niño, con la habitual curiosidad infantil, se interesó por aquello que había hecho que su padre mostrara tanto enfado, y el padre le contó la historia. Entre sus comentarios a la noticia hay uno que probablemente explica la reacción del padre: todo ese asunto del banco era justo el tipo de cosa que Hitler habría intentado.

II. LA SOMBRA DEL PASADO

Graham no fue el primero en tener ese sueño. Casi podríamos decir, con no demasiada exageración, que el deseo de traer al mundo personas sanas, inteligentes, fuertes y capaces es tan antiguo como la humanidad. Si nos limitamos a nuestra propia tradición, encontramos ya en los filósofos de la Grecia antigua la misma preocupación. Tanto Platón como Aristóteles se muestran conscientes de que la fortaleza de la ciudad depende crucialmente de la calidad de sus ciudadanos, y afirman que, lejos de dejarse esta al azar, deben tomarse medidas para asegurarla. Quizá las propuestas platónicas más conocidas, seguramente por resultarnos más estrafalarias, son las que aparecen en *La República*, obra en la que recomienda, entre otras cosas, establecer un festival durante el cual jóvenes «adecuados» puedan conocerse y establecer una unión de carácter temporal, limitado a la duración del festival, con el objeto de que estas uniones resulten en niños dotados de todas las cualidades posibles. Al fin y al cabo se trata de una utopía, del diseño de una ciudad ideal. Pero en *Las Leyes*, obra de carácter más realista, en la que intenta proponer un modelo de constitución y legislación para las ciudades griegas, aparecen también propuestas en este sentido, como también aparecen en la *Política* de Aristóteles. Ambos filósofos, que en tantas cosas disentían, proponen en este terreno medidas similares, en especial establecer la edad adecuada para la procreación,

(2) PLOTZ, D., *The genius factory*, Random House, 2005, p. 24. Traducción propia.

tanto en hombres como en mujeres, y someter a la mujer embarazada a un régimen adecuado para la buena forma del futuro miembro del estado, insistiendo especialmente en la buena alimentación, el reposo y el ejercicio regular. Y si todo esto fallaba y el recién nacido no resultaba adecuado, siempre se podría recurrir a la práctica del abandono de infantes con deformidades, habitual en las ciudades griegas, y que cuenta con el apoyo explícito de Aristóteles, quien afirma que «una ley debe prohibir que se críe a ninguno que esté lisiado» (3).

El sueño tiene no solo un largo pasado, sino también un nombre: eugenesia. El término, aunque griego (significa, literalmente, «buen nacimiento») no surgió en la antigua Grecia de Platón y Aristóteles sino muchos siglos después, y no hay duda de que es uno de los términos con unas connotaciones más negativas (y un significado, como veremos más adelante, más indeterminado) que pueden encontrarse y que se imponen a su significado literal. Le vienen sin duda de su asociación con Hitler y el régimen Nazi, lo que explica la reacción del padre de Plotz. De esta asociación surge el retrato robot de la eugenesia: se trata de una serie de políticas de carácter coercitivo, crueles e inmisericordes, teñidas de racismo (o a veces clasismo) aplicadas por los Nazis (y algunas en los Estados Unidos), apoyadas en mala ciencia o en pseudociencia. Esta asociación y este retrato, que son los que predominan y aparecen ante casi todo el mundo tan pronto como se escucha la palabra, son sin embargo cuestionables, y si bien no puede decirse que todas esas notas que lo componen sean falsas necesitan, todas ellas, ser matizadas. Dedicaremos a esta tarea la presente sección.

1. LA ALEMANIA NAZI

La asociación más fuerte y persistente de la eugenesia es la que liga este concepto con la Alemania Nazi. Sin embargo, tanto el término como la idea son anteriores y se extendieron por muchos más países. El término fue utilizado por primera vez en 1883 por Francis Galton, pero la idea ya estaba en sus trabajos veinte años antes y durante la década de los ochenta del siglo XIX la eugenesia ya era un tópico de discusión habitual en una buena cantidad de libros y artículos. A principios del siglo XX lo que hasta entonces se había limitado a ser un tema de discusión intelectual tomó cuerpo institucional con la fundación en 1907 de la *Eugenics Education Society*, que para 1913 ya contaba con más de mil miembros, casi todos ellos pertenecientes a la clase media profesional, con destacada representación de profesores universitarios, médicos y científicos, y una considerable presencia femenina (4).

Ni la discusión ni la formación de sociedades durante ese periodo se limitaron a Gran Bretaña. En Francia, por ejemplo, desde finales del XIX se compartía con otros países el temor a la degeneración de la población (tanto en términos cuantitativos como cualitativos), temor en este caso especialmente propiciado por la derrota en la guerra franco-prusiana y que generó un buena cantidad de discusiones, investigaciones y publicaciones, junto con la creación, en 1912, de la Sociedad

(3) ARISTÓTELES. *Política*, libro VII, capítulo XVI.

(4) MACKENZI, D., «Eugenics in Britain», *Social Studies of Science*, vol. 6, N.º 3/4, 1996, pp. 499-532.

francesa de eugenesia. También en los países escandinavos hubo por la misma época un gran interés por el estudio de las enfermedades hereditarias, espoleado por el mismo temor a la degeneración, que ya en 1881 reflejó magistralmente el dramaturgo noruego Henrik Ibsen en su obra *Espectros*, y que dio lugar a obras pioneras sobre genética, como la escrita por el danés Johannsen en 1909, y a la creación de departamentos universitarios especializados en este campo, el primero de los cuales se estableció en Oslo en 1917. La Sociedad Sueca de eugenesia se fundó en 1910. En Suiza, el que es considerado padre de la eugenesia en ese país, Auguste Forel, publicaba obras pioneras en 1906, tras abogar por la esterilización eugenésica en 1886. Fuera del continente Europeo, también por la misma época el interés por la eugenesia aparece en los Estados Unidos, de la mano de Charles Davenport, que asume la dirección del laboratorio biológico de *Cold Spring Harbor* en 1898 y comienza una intensa carrera no solo de estudio de la herencia genética sino también de popularización del ideal eugenésico. En 1910 publicó una pequeña obra titulada, simplemente, *Eugenesia*.

Después de la primera guerra mundial esta tendencia no hace sino agudizarse. A los países hasta ahora mencionados, y que podemos considerar pioneros, se unieron otros muchos. Alemania se sumó a la lista durante la república de Weimar, y también lo hizo Rumanía durante el mismo periodo. Fuera de Europa y Estados Unidos, la idea prendió, en distinto grado, en países tan distintos como Brasil, Méjico, Argentina, China, Japón o India. La lista no pretende ser exhaustiva.

En resumen, mucho antes de la llegada al poder de Hitler en Alemania, y desde finales del XIX, no solo la idea de la eugenesia sino un movimiento eugenésico se extendía por buena parte del mundo. Aunque los casos más estudiados y popularmente conocidos sean los de Alemania y Estados Unidos, no puede identificarse la eugenesia como algo propio, ni siquiera originario, de estos países.

2. COERCIÓN

La segunda asociación más fuerte de la eugenesia es la que se establece con medidas coercitivas, en especial con las más crueles, entre las que destaca la esterilización forzosa. Leyes de este tipo se dieron, en efecto, en algunos países. Los casos más conocidos son, de nuevo, los de Alemania y Estados Unidos.

La primera de estas leyes se aprobó en el estado de Indiana en 1907, y fue seguida por otras en varios estados, aunque muchas eran defectuosas y fueron rechazadas en los tribunales. Para remediar esta situación y conseguir leyes sólidas, Harry Laughlin propuso a principios de los años veinte del pasado siglo una ley modelo. Uno de los estados que promulgaron leyes siguiendo el modelo de Laughlin fue Virginia en 1924 y al parecer los defectos de las leyes previas habían sido en efecto evitados, como se probó en el famoso caso de *Buck v. Bell* en 1927. Carrie Buck era una joven de 18 años, interna en una institución (la *Virginia State Colony for Epileptics and Feeble-minded*) y que cumplía, según argumentaba el superintendente de la misma, con los requisitos establecidos por la ley. El caso llegó hasta el tribunal supremo de los Estados Unidos, que resolvió que Carrie podría ser esterilizada de acuerdo con las leyes de Virginia. El cálculo estimado de personas esterilizadas en los Estados Unidos oscila entre cuarenta y sesenta mil. En

Alemania, la ley que permitía la esterilización forzosa fue posterior, aprobada en 1933 por el régimen Nazi poco después de llegar al poder. Durante el periodo Nazi se estima que más de cuatrocientas mil personas fueron esterilizadas contra su voluntad. Los datos estadounidenses y alemanes son suficientemente espeluznantes como para necesitar comentario alguno. Pero no fueron los únicos. Aunque con menos entusiasmo y un alcance más restringido, en casi todos los países escandinavos se aprobaron leyes de esterilización durante la década de los años treinta. El primero fue Dinamarca, en 1929. En otros países, como Rumanía, la posibilidad de establecer este tipo de leyes se discutió ampliamente, aunque por diversos motivos nunca llegaron a promulgarse.

Aparte de la esterilización involuntaria, hubo otras medidas coercitivas, en especial relacionadas con el matrimonio. Aunque naturalmente el matrimonio no es condición necesaria ni suficiente para la reproducción, las autoridades de diversos países consideraron que el control de esta institución era el medio más eficaz de implantar medidas eugenésicas. En algunos casos, se prohibía el matrimonio de personas pertenecientes a ciertos grupos, como fue el caso de Suiza, y en otros, como en Francia, se exigía un examen médico y la obtención de un certificado de aptitud previo al matrimonio.

Estos casos de medidas eugenésicas coercitivas, en especial cuando contienen datos tan aterradores como los relacionados con la esterilización, oscurecen el hecho de que, en la mayoría de los casos, si bien en muchas ocasiones las medidas coercitivas se plantearon y discutieron, nunca llegaron a implantarse y los objetivos eugenésicos intentaron alcanzarse a través de otros medios no coercitivos. En Suiza, por ejemplo, las consejerías matrimoniales florecieron a partir de los últimos años veinte y en ellas confluían el interés por la reforma sexual, la eugenesia y la higiene social, y lejos de imponer medidas coercitivas su actividad se limitaba a impartir educación sexual y dispensar anticonceptivos. Contaban, por cierto, con un fuerte apoyo de las feministas. Otro tanto sucedió en la Alemania anterior a Hitler. Pero sin duda fue en Gran Bretaña donde el movimiento eugenésico se mantuvo, desde el inicio, más alegado de las políticas coercitivas, pese a ser no solo el país pionero en lo que a eugenesia se refiere, sino también destacado por la extensión y popularidad que estas ideas alcanzaron allí. Apostaban por la educación y la difusión de sus ideas, con la esperanza de que las medidas eugenésicas se adoptaran voluntariamente. Deben ser introducidas estas ideas en las conciencias, decía Galton, como una nueva religión.

3. CONSERVADORA Y RACISTA

No hay ninguna duda de que la eugenesia Nazi tenía un fuerte carácter racista. Aunque es el caso paradigmático de esta asociación, también hubo otros. Probablemente el caso más llamativo fue el de Suiza, en el que algunos miembros del movimiento eugenésico se embarcaron en la búsqueda, un tanto estafalaria, de una raza pura suiza a la que denominaban *Homo Alpinus Helveticus*. Y en otros muchos casos, el movimiento estuvo teñido de distintas variantes de lo que los angloparlantes llaman *bigotry* y cuyo significado solo a medias recogen las traducciones españolas estándar de «intolerancia» y «fanatismo», y que indica un fuerte prejuicio

frente a individuos pertenecientes a determinados grupos, con peor valoración en la medida en que se alejan más de aquel al que pertenece el intolerante en cuestión. Casi siempre la eugenesia estuvo asociada a formas más o menos templadas si no de racismo al menos de nacionalismo y en algunos casos, en especial en Gran Bretaña, de clasismo. Eran los de otras razas, los pobres y los extranjeros los que se consideraban inadecuados y un peligro para la nación. Aunque no, como enseña veremos, siempre.

Esta asociación se mezcla y confunde con otra, de carácter político, que identifica la eugenesia con un movimiento de derechas conservador. Esta idea, ampliamente difundida, es, en el mejor de los casos, inexacta. En realidad, la idea de la eugenesia concitó el apoyo de numerosos reformadores sociales, intelectuales, médicos y científicos repartidos por todo el espectro político del momento, desde los conservadores británicos a los anarquistas españoles. En la actualidad se acepta por lo general la distinción introducida por Daniel Kevles entre dos corrientes dentro de la eugenesia, la «dominante» (*Mainline Eugenics*) y la reformista (*Reform eugenics*) (5). El carácter racista, nacionalista o clasista está muy presente, aunque en distintos grados y con matices, en la corriente clásica o dominante, así como la orientación conservadora en política (aunque no siempre), pero no puede decirse lo mismo de la corriente reformista. Distintos países y periodos presentan notables diferencias en todos estos aspectos. Por poner un ejemplo, en los países escandinavos la corriente clásica fue la preponderante durante la primera época, hasta los años veinte, momento en el que la corriente reformista empezó a cobrar fuerza. Y tanto en los países escandinavos como en Suiza las medidas eugenésicas fueron apoyadas por los partidos socialdemócratas. De hecho, algunos historiadores sostienen que en todos estos países los programas eugenésicos, incluida la esterilización, formaban parte del incipiente estado del bienestar que empezaba a desarrollarse (6).

En realidad, como algunos historiadores han destacado durante los últimos años, hubo una estrecha relación entre la eugenesia y la izquierda política (7). Baste citar como anécdota que en Gran Bretaña y Estados Unidos, donde por lo demás dominaba la corriente clásica, hubo un movimiento que recibió el calificativo popular de «eugenesia bolchevique». Más allá de la anécdota, la lista de intelectuales y científicos de izquierdas que apoyaban de manera entusiasta la causa eugenésica es notablemente larga, e incluye figuras tan destacadas y conocidas como George Bernard Shaw y H. G. Wells. Una de las figuras más sobresalientes de esta lista, John Burdon Sanderson Haldane, destacado genetista británico de fuertes convicciones marxistas y que llegó a militar en el partido comunista británico, ya señaló en su obra *Heredity and Politics*, publicada en 1938, que la cuestión a debate, es decir la eugenesia, y las diversas posturas al respecto eran independientes de la línea que separaba derechas de izquierdas.

(5) KEVLES, D. *In the Name of Eugenics. Genetics and the uses of Human Heredity*, New York, 1985.

(6) BROBERG, G., and ROLL-HANSEN, N., eds., *Eugenics and the Welfare State: Sterilization Policy in Denmark, Sweden, Norway, and Finland*, East Lansing, Mich., 1996.

(7) Sin duda el texto pionero y fundamental en este sentido es el de Paul, D., «Eugenics and the left».

Sin duda alguna, hay en esa lista una figura que destaca, por muchas razones, sobre las demás y cuyo nombre ya ha aparecido antes en este escrito. Se trata de Hermann J. Muller, en cuyo honor estaba bautizado el banco de Graham. Muller era un reputado genetista, que ganó el premio Nobel de medicina en 1946, y Graham obtuvo la inspiración para su proyecto de su obra. No solo fue Muller inspirador desconocido y en la distancia del banco de Graham, sino que ambos se reunieron en varias ocasiones, discutieron el proyecto y hasta diseñaron algunos de sus detalles, incluido el nombre, aunque algunas diferencias entre ambos hicieron que Muller pidiera en 1965 (como se verá la idea del banco rondaba por la cabeza de ambos muchos años antes de su apertura) que se pospusiera su puesta en práctica. Murió dos años después.

Muchos años antes de embarcarse en el proyecto de Graham, el genetista americano, impulsado a partes iguales por sus ideas socialistas y sus ideas eugenésicas había dado el paso extremo (extremo en general y para un estadounidense en particular) de emigrar a la Unión Soviética, cosa que hizo en 1934, con la intención de trabajar en el Instituto de Genética en Moscú. Una vez allí, aprovechó para terminar de escribir un libro cuya redacción había comenzado años antes y que estaba prácticamente finalizado en 1925, y cuyo título está cargado de significado y connotaciones, nada negativas sino todo lo contrario: *Out of the Night*. La noche en cuestión era la situación en la que la humanidad se encontraba y la salida la ofrecía la posibilidad de poblar la tierra de individuos superiores, siguiendo los modelos presentados por las mejores mentes que ha dado la humanidad, entre los que figuraban, según Muller, Marx y Lenin. Cuando lo terminó, en 1936, se lo envió al mismísimo Stalin, junto con una carta conmovedora, encabezada con un «querido camarada» que hoy en día no puede sino provocar escalofríos, y en la que proponía un programa eugenésico. La recepción de la carta y el libro fue no solo fría sino francamente mala, sin duda porque, como argumenta Diane Paul, el momento no podía ser peor, ya que a esas alturas la eugenesia ya había sufrido numerosos ataques y había sido fatalmente asociada con el viejo orden. Poco después, Muller abandonó la Unión Soviética.

Sin embargo, tanto la carta como el libro de Muller, cuyo contenido aparece resumido en el «*Geneticists' Manifesto*», publicado en 1939 y escrito principalmente por el propio Muller, aunque lleva la firma de veintidós destacados genetistas más, incluida la del mencionado Haldane, recogen perfectamente tanto el motivo que impulsó a Muller en su aventura soviética como las líneas principales de la eugenesia de izquierdas y las razones que la enfrentaban a la corriente dominante. Compartían con esta la idea básica de que los individuos diferían notablemente en sus capacidades innatas y heredadas, pero por lo general desconfiaban de que estas respondieran a divisiones de raza, nacionalidad o clase social. Y lo que es más, creían firmemente que en las presentes condiciones sociales de injusticia y explotación, en las que los individuos, o buena parte de ellos, no podían desarrollar su potencial innato, debido a la ausencia de igualdad de condiciones, era sencillamente imposible descubrir qué individuos eran en realidad superiores. Se apartaban también de la corriente dominante en que no solo valoraban como característica esencial a potenciar la inteligencia sino también aquellas que propician una actitud solidaria y, diríamos hoy en día, pro social. Este fue, de hecho, uno de los puntos de desacuerdo que el viejo Muller tuvo con Graham cuando ambos se sentaron a trabajar sobre el proyecto del banco de esperma: Graham, conservador y elitista, valo-

raba la inteligencia por encima de todo, mientras que el viejo socialista Muller insistía en que los donantes debían estar también adornados con un carácter cooperativo.

Cuando la existencia del banco de Graham salió a la luz, junto con el papel que Shockley había desempeñado como donante, la viuda de Muller envió a Graham una carta pidiéndole que eliminara la referencia a su marido en el nombre del banco. Ni en sus comienzos ni en ningún momento posterior los defensores de la eugenesia han compartido, como se verá, ideario ni prejuicios.

4. NEGATIVA

La eugenesia está asociada en la concepción popular más extendida con una serie de medidas encaminadas a impedir el nacimiento de individuos considerados indeseables. Sin embargo, el programa eugenésico tuvo desde el principio una doble vertiente, que con el tiempo llegaron a calificarse de «negativa» y «positiva». Las definiciones estándar que pueden encontrarse en cualquier diccionario se refieren a la *eugenesia negativa* como aquella que trata de evitar la reproducción de los individuos que se considera poseen características inferiores o indeseables, y a la *eugenesia positiva* como la que tiene por objeto conseguir que los individuos con características que se consideran superiores o deseables se emparejen y reproduzcan. Cuando el objetivo es la mejora de la humanidad, no hace falta insistir en que se trata de dos vertientes indisociables.

La identificación de la eugenesia con su vertiente negativa se explica por su asociación con medidas extremadamente crueles e impuestas de forma coercitiva, en especial con la esterilización forzosa. Sin embargo, la eugenesia negativa ni siquiera tiene prioridad histórica. Los estudios que Galton realizó en la década de los sesenta del siglo XIX giraban en torno a su preocupación principal, que no era sino la «transmisión hereditaria del talento» y consecuentemente sus primeras ideas eugenésicas estaban relacionadas con promover el matrimonio y la reproducción de los individuos considerados mejores, y solo posteriormente su atención se volvió hacia la eugenesia negativa. Tampoco las medidas negativas estuvieron más extendidas ni fueron más importantes que las positivas, que llegaron a ser las predominantes y menos controvertidas en algunos países como Francia y tuvieron un gran peso en otros como Suiza, y prácticamente en todos los países en los que predominó el programa negativo hubo también medidas relacionadas con la eugenesia positiva.

Durante todo el periodo que va desde sus comienzos británicos hasta su caída en desgracia después de la segunda guerra mundial, en la eugenesia se dieron ambas vertientes, aunque sin lugar a dudas el mayor rechazo lo producen las medidas de la vertiente negativa, por un buen motivo: por lo general iba asociada a medidas coercitivas y extremas, con consecuencias graves para los individuos que las padecían, con especial mención a las esterilizaciones forzosas. Por su parte, las medidas de carácter positivo habitualmente se limitaban a medidas tan inocuas, si bien un tanto ridículas vistas desde una óptica actual, como los concursos de «familias adecuadas» que se realizaron en algunos lugares de Estados Unidos, o en su extremo al programa «*Lebensborn*» iniciado por la Alemania nazi, que se proponía

promover la unión de mujeres de buena raza aria con hombres de similares cualidades, a ser posible miembros de las SS.

5. TERRITORIO COMÚN

Hemos intentado mostrar, si bien en forma esquemática, que en el movimiento eugenista que tuvo lugar entre finales del XIX y la primera mitad del XX puede encontrarse una variedad que por lo general se pasa por alto y hasta se ignora. Fue un movimiento muy extendido geográficamente, en el que participó gente muy distinta, que tuvo distintas vertientes, de lo académico a lo popular, y en el que sus participantes disintían a menudo respecto a los métodos a seguir, los sesgos y prejuicios que impregnaban su trabajo, el ideario político y prácticamente en todo lo demás. Y la variedad es mucho mayor de lo que hemos podido reflejar aquí. Por ejemplo, había profundos desacuerdos sobre la eficacia de las medidas propuestas y no todos mostraban, ni mucho menos, el mismo grado de optimismo. Ni siquiera estaban de acuerdo en las bases científicas en las que se apoyaban. Si bien es cierto que por lo general estas se encontraban en las teorías de Darwin y Mendel, tanto en Francia como en algunos países sudamericanos la teoría dominante era la de Lamarck. Creían que los caracteres adquiridos se heredaban, en especial los adquiridos durante la primera infancia, lo que por cierto les llevó a desarrollar una curiosa variedad de eugenesia que incluía intervenciones ambientalistas y a la insistencia en los cuidados perinatales. ¿Qué tenían entonces todos ellos en común? Quizá no muchas cosas, pero sí muy importantes.

Todos ellos compartían, en primer lugar, una misma preocupación: la degeneración de la humanidad. Este temor estaba generalizado de manera casi universal y todos intentaban encontrar las causas, aunque los culpables señalados eran muy distintos. Para algunos las causas eran medioambientales, en especial las debidas a los efectos perniciosos de la industrialización y la vida insalubre en las grandes urbes. Para otros la causa había que buscarla en la mezcla de las razas, con la consiguiente pérdida de pureza racial, o en la inmigración. Y para algunos eran los cuidados y la medicina moderna, que permitía que individuos débiles y enfermizos sobrevivieran hasta alcanzar la edad reproductiva, contrarrestando así los efectos beneficiosos de la selección natural.

Compartían también la idea de que los caracteres heredados eran extremadamente importantes, lo cual no significa que todos ellos desestimaran la importancia del ambiente. Por ejemplo, el danés Johannsen, en un momento tan temprano como 1909, señalaba que las características mostradas por un organismo, el fenotipo, era el producto de la interacción entre el genotipo y las condiciones ambientales. Pero por lo general creían que muchos de los problemas sociales que abrumaban a las sociedades del momento tenían una base, si no única sí principalmente, biológica.

Pero la idea principal que les unía era la de que se podía, y debía, hacer algo en este terreno. Les unía, en definitiva, un mismo objetivo: la mejora de la humanidad. Creían que puesto que la causa era en gran parte biológica también debía serlo la solución. Y contrariamente a la opinión de los darwinistas sociales, que proponían la inacción y dejar obrar a la naturaleza como medio para alcanzar este objetivo, se proponían, de uno u otro modo, intervenir de manera activa para alcanzarlo.

6. LA DEBACLE

La eugenesia no fue, como he intentado mostrar, un fenómeno puntual y geográficamente delimitado. Las tres ideas que compartían los eugenistas estaban casi universalmente extendidas y la mayoría de intelectuales, científicos y políticos, así como buena parte del público, las compartían. ¿Qué pasó entonces para que a mediados del siglo xx la idea, y hasta el nombre, hubiera prácticamente desaparecido? ¿Qué pudo acabar con un consenso tan amplio?

La explicación más tradicional es que la causa fue el avance del conocimiento científico, que puso de manifiesto la ineficacia de las políticas propuestas por los eugenistas. Se mencionan factores como el creciente conocimiento de la interacción entre la herencia genética y el ambiente en el que se desarrolla el organismo, la interacción entre distintos genes para determinar muchos rasgos y la complejidad de la herencia genética. Pero aunque es cierto que el conocimiento científico obtuvo grandes avances, muchas de estas cosas ya se sabían o sospechaban, y muchos eugenistas las señalaron en repetidas ocasiones. También se menciona el conocimiento de la importancia que para la herencia de muchos rasgos tiene el hecho de heredar dos copias defectuosas del mismo gen. Las medidas encaminadas a impedir que los que manifiestan un determinado rasgo en su fenotipo se reproduzcan no alcanzan más que la punta del iceberg, dejando en la población multitud de individuos que, sin manifestar el rasgo en cuestión, pueden tener descendencia que sí lo manifieste. Pero, de nuevo, esto ya se sabía mucho antes.

Sin desestimar la influencia que el incremento del conocimiento científico pudo tener, en la actualidad la explicación que cuenta con mayor respaldo es la que apunta a factores ideológicos y políticos. El horror de la eugenesia Nazi fue tan descomunal que en los años cincuenta ya nadie, ni científicos ni políticos, querían ver su nombre asociado con la eugenesia. Y aunque muchos de los antiguos defensores siguieron manteniendo sus posturas, como hemos visto ejemplificado en el caso de Muller, la eugenesia había perdido su atractivo como propuesta y no fue capaz de reclutar nuevos defensores. Revistas e instituciones que proclamaban su alianza desde sus mismas denominaciones cambiaron su nombre, la opinión mayoritaria pasó a ser fuertemente ambientalista y la eugenesia pareció morir en manos de una asociación fatal con los crímenes cometidos por algunos en su nombre.

III. AHORA ES EL MOMENTO

La segunda semana de febrero del año 2001 tuvo lugar una de esas no inusuales casualidades históricas que hacen que converjan dos acontecimientos relevantes y de algún modo relacionados: la aprobación por parte de la Asamblea General de Virginia de una resolución que expresaba pesar y arrepentimiento por su historia eugenésica y la publicación simultánea en *Science* y *Nature* de un borrador del genoma humano (8).

(8) LOMBARDO, P., «Taking Eugenics seriously», *Florida State University Law Review* 191, 2003, pp. 191-218.

El Proyecto Genoma Humano, que en 2003 anunció la secuenciación completa de dicho genoma tiene, como todas las grandes empresas científicas un largo pasado. La fecha oficial de inicio del proyecto es 1990, aunque la iniciativa había surgido a mediados de la década anterior, impulsada por James Watson que, junto a Francis Crick había descrito, en 1953, la estructura en forma de doble hélice del ADN. Durante la segunda mitad del siglo xx, que muchos han calificado como «siglo de la biología», los avances en genética no dejaron de sucederse, y con ellos la comprensión de la herencia biológica. En 1983 se descubrió un marcador genético de la enfermedad de Huntington, localizado en el cromosoma 4 y durante toda esa década hubo todo un hervidero de laboratorios buscando, y encontrando, marcadores relacionados con otras enfermedades. El Proyecto no solo tiene pasado. Abre un futuro. Cuando tuvimos por primera vez el mapa completo fue casi como tener un libro que, salvo en unas pocas líneas, no se tiene mucha idea de lo que quiere decir. Pero no pasa un mes sin que aprendamos algo más. Hemos encontrado genes relacionados no solo con enfermedades graves, sino con otras menos severas como el asma, con enfermedades psiquiátricas severas como la esquizofrenia o el trastorno bipolar. Y también otros asociados con otras características no directamente relacionadas con la salud.

Los avances no solo expandieron extraordinariamente nuestro conocimiento teórico, sino que afectaron enormemente nuestras capacidades técnicas. Por ejemplo, en 1961 se desarrolló una prueba capaz de detectar el PKU, una enfermedad de origen genético, en los recién nacidos, y que hoy en día se utiliza de forma rutinaria. Y desde entonces las pruebas genéticas se han multiplicado, incluidas las prenatales y las que pueden localizar portadores de enfermedades que ellos mismos no padecen. Fue posible primero detectar anomalías cromosómicas y enfermedades monogénicas, cuyos casos más conocidos y representativos son la fibrosis quística o la anemia falciforme. En los últimos años han aparecido pruebas para rasgos más complejos, como las que indican el riesgo de sufrir determinado tipo de cáncer o enfermedad coronaria. Nuestro potencial diagnóstico se ha incrementado enormemente, y lo seguirá haciendo en el futuro.

Las nuevas posibilidades no solo están ligadas al conocimiento. El conocimiento de la realidad puede utilizarse para cambiarla, y esto no es menos cierto en el caso del conocimiento genético. En ocasiones lo que sabemos sobre nuestras enfermedades o predisposiciones genéticas puede utilizarse para encontrar remedios. Podemos controlar los riesgos ambientales que interactúan con nuestras predisposiciones genéticas para minimizar el riesgo, y en ocasiones para controlarlo. En otras ocasiones podremos recurrir a la terapia génica.

El otro gran desarrollo que nos afecta es el relativo a las técnicas de reproducción asistida. La fecundación *in vitro* es posible desde los años setenta y las primeras pruebas genéticas realizadas en embriones, lo que se conoce como diagnóstico genético preimplantacional, empezaron a realizarse en la década de los ochenta. Hoy en día es posible conocer bastante acerca de la dotación genética de los embriones.

Estos avances han dado lugar a una serie de técnicas genéticas con repercusiones reproductivas que a veces se engloban bajo el término *reprogenética*, y que incluye el mencionado diagnóstico genético preimplantacional realizado sobre embriones, el diagnóstico prenatal efectuado sobre fetos y también las pruebas de portador que se realizan los futuros padres. Y también podríamos incluir la dona-

ción de gametos, que permite seleccionar donantes sanos y que presentan las características deseadas.

Todo esto ha supuesto poner la eugenesia otra vez sobre la mesa. Aunque en realidad siempre estuvo allí. El concepto de asesoría genética surgió a finales de los años cuarenta, y durante los cincuenta y sesenta todos los que la practicaban la consideraban una extensión de la eugenesia. Diane Paul cita unas palabras pronunciadas en 1950 por Sheldon Reed, que poco antes había acuñado el término: «El asesoramiento en genética humana es la forma moderna de llevar a cabo un programa eugenésico» (9). Sin embargo, por aquellos años poco podía hacerse, y el único modo de evitar el riesgo de pasar a la descendencia un defecto genético era, sencillamente, evitar la reproducción. Graham solo podía ofrecer esperma de individuos que consideraba idóneos, sanos e inteligentes, a mujeres de estas mismas características con la esperanza de que la progenie heredase estos rasgos. Hoy en día puede hacerse mucho más.

Algunos prefieren distinguir entre la moderna genética y la antigua eugenesia y evitar así la contaminación de este término, mientras que otros prefieren establecer la distinción entre una eugenesia buena y otra mala. A veces sus defensores evitan el nombre y lo utilizan los críticos. Otras veces, los defensores prefieren retomar el antiguo nombre y defenderlo, considerando que el intento de evitarlo es vano pues ya se encargan los críticos de traerlo a colación. Y es difícil ponerse de acuerdo hasta en el significado del término. En cualquier caso, ahora es el momento.

IV. ¿SEGUNDO ASALTO?

Con independencia del nombre que prefiera utilizarse, lo realmente importante es saber si estamos ante una discusión acerca del mismo concepto del que hemos hablado en apartados anteriores. Y para ello, naturalmente, hay que empezar por precisar a qué se refiere el nombre utilizado con profusión entre finales del siglo XIX y la primera mitad del XX. Habrá observado el lector que hasta ahora no hemos ofrecido una definición de eugenesia. En efecto, la he evitado cuidadosamente, y por un buen motivo. No hay una única definición. Ni siquiera recurrir a Galton, acuñador del término, soluciona el problema, pues no ofreció una sino varias. Dos son las más habituales. La más comúnmente citada, sin duda porque apareció durante años en la página frontal de la *Eugenics Review*, define la eugenesia como «el estudio de las agencias bajo control social que pueden mejorar o perjudicar las cualidades raciales de las generaciones futuras, tanto a nivel físico como mental» (10). En sus memorias, Galton se refiere a esta definición como la «oficial» y, al parecer, fue el resultado conjunto del trabajo de un comité (11). La otra es exclusivamente suya, y define la eugenesia como «la ciencia que se ocupa de todas las influencias que mejoran las cualidades innatas de la raza, así como de

(9) PAUL, D., *The politics of heredity: Essays on eugenics, biomedicine, and the nature-nurture debate*, State University of New York Press, 1998, p. 134. Traducción propia.

(10) Traducción propia.

(11) FREEDEN, M., «Eugenics and Progressive Thought: A Study in Ideological Affinity», *The Historical Journal*, vol. 22, núm. 3, Sep., 1979, pp. 645-671.

aquellas que las desarrollan hasta alcanzar su máximo provecho» (12). Los años pasados desde entonces no han servido para dar un significado preciso al término, como muestra el hecho de que la comisión europea en 1989 evitó su uso alegando expresamente su falta de precisión (13). Sin embargo, hay un núcleo común: el uso del conocimiento sobre las leyes de la herencia con la intención de mejorar el género humano. Y ha sido precisamente el aumento exponencial del conocimiento en este terreno, junto con las posibilidades técnicas de aplicarlo, las que han vuelto a dar vigencia a la propuesta eugenésica.

Las posibilidades ofrecidas por el conocimiento y las técnicas actuales, que han vuelto a poner sobre el tapete la cuestión de la eugenesia, han hecho que muchos autores vuelvan la vista al pasado, no solo para intentar ofrecer una historia más detallada, rica y precisa, liberada de los estereotipos que nosotros hemos revisado ya en este trabajo, sino para poder hacer a continuación una pregunta esencial: exactamente, ¿qué es lo que estaba mal y qué no queremos de ningún modo repetir?

1. ¿QUÉ TIENE DE MALO?

Casi todo lo que estuvo mal, terrible y aterradoramente mal en ocasiones, no está ligado a la idea de la eugenesia, ni se manifestó en su práctica en todos los casos, sino tan solo en algunos. Lamentablemente, como vimos en anteriores apartados, estos han sido los que han prevalecido en la memoria.

Hay que empezar por decir que hoy en día las medidas eugenésicas no tienen por qué ser crueles ni ineficaces. Quizá el paradigma de crueldad está asociado a las medidas del programa negativo. Negar a las personas la posibilidad de reproducirse supone frustrar un deseo que en muchos individuos es extremadamente intenso. No hay duda acerca de la crueldad de la esterilización forzosa, pero el mero hecho de oponerse a tal deseo, aunque sea mediante el expediente menos invasivo físicamente de denegar certificados matrimoniales, es sin duda también cruel. Incluso si las personas renuncian voluntariamente a la reproducción por el temor a tener descendencia con enfermedades hereditarias, algunas de las cuales son muy severas, la renuncia es muy costosa.

La ineficacia estaba ligada a los portadores de defectos genéticos que no padecen la condición que se deseaba evitar. Los partidarios de la eugenesia en lo que podemos llamar «primer asalto» eran por lo general conscientes de este problema desde un momento tan temprano como 1917, año en que Edward M. East publicó un artículo titulado «Hidden Feeble-mindedness». Muchos señalaron el hecho de que impedir la reproducción de aquellos que manifiestan el defecto deja prácticamente intacta lo que ellos veían como la amenaza real, oculta dentro de los portadores. Esto era para ellos esencial, sobre todo porque afectaba a una de las características que consideraban más perjudicial, la debilidad mental, que muchos, aunque no todos, consideraban que dependía de un único «carácter» recesivo. Pese a que

(12) GALTON, F., «Eugenics: its definition, scope and aims», *The American Journal of Sociology*, vol. 10, No. 1, Jul., 1904, 1-25. Traducción propia.

(13) PAUL, D., «Eugenic Anxieties, Social Realities, and Political Choices», *Social Research*, vol. 59, No. 3, *Science and Politics*, Fall 1992, pp. 663-683.

había desacuerdo sobre el porcentaje de heterocigóticos presentes en la población, y a que algunos confiaban en que estos mostrarían algún rasgo distintivo (por ejemplo, en lo referido a la inteligencia los heterocigóticos podrían localizarse por estar algo por debajo de los individuos normales), la práctica totalidad estaba de acuerdo en que la lucha para eliminar los rasgos indeseables, si bien podía merecer la pena de todos modos, no conseguiría acabar con el problema, al menos en un plazo de tiempo mínimamente razonable.

Parece que la eugenesia de este segundo asalto será «beneficiosa y normal, indolora y eficiente» (14). Pero la crueldad y la ineficacia no eran los únicos problemas. Entre los problemas que diversos autores señalan destacan tres. El primero está presente en la definición «oficial» de eugenesia que presentamos al comienzo de este apartado y los otros dos en ambas definiciones. Los tres están relacionados y suponen, de distinta manera, una amenaza para la libertad individual. Y todos suponen riesgos contra los que debemos prevenirnos.

2. CONTROL SOCIAL

La primera cuestión está relacionada con quién toma las decisiones reproductivas. Hoy en día hay un acuerdo casi general en que las medidas coercitivas que afectan a un aspecto tan sensible como la reproducción son inadmisibles, y que en nuestras sociedades el compromiso con las libertades individuales y los derechos reproductivos es tan fuerte que no parece que puedan volver a darse algunos de los terribles acontecimientos asociados en el pasado con la eugenesia. Lamentablemente, hay maneras muy distintas de entender la coerción (15). Podemos aceptar que las medidas más crudas no parecen ser una amenaza hoy en día. No parece previsible que vuelvan las esterilizaciones o la segregación involuntaria impuestas por el estado. Pero el control social puede ejercerse de muchas otras maneras distintas. El estado puede ejercer su control, por ejemplo, otorgando o retirando ayudas. Esto hace que algunos autores engloben este riesgo bajo el nombre de «Estatismo», y que se señale que allí donde el papel del Estado durante el primer asalto fue mínimo, como sucedió en Gran Bretaña, no hubo violación de los derechos de los individuos (16). Hoy en día, las decisiones reproductivas están en manos de los individuos, de modo que «la marca distintiva de la nueva eugenesia liberal es la neutralidad estatal» (17).

No obstante, muchos son los que piensan que esta nueva «eugenesia liberal» no es sino la puerta trasera por la que puede colarse el programa de la vieja. Dos son las preocupaciones básicas. En primer lugar, la complejidad científica y técnica hace que los padres recurran a los servicios de las consejerías genéticas, que si bien son supuestamente no directivas, no lo son en la práctica, y que, según afirman los

(14) TESTAR y SELE, «Towards an efficient medical eugenics: is the desirable always the feasible?», *Human Reproduction* vol. 10 n.º 12, 1995, pp. 3086-3090. Traducción propia.

(15) PAUL, D., «Eugenic Anxieties, Social Realities, and Political Choices», *Social Research*, vol. 59, No. 3, *Science and Politics*, Fall 1992, pp. 663-683.

(16) WIKLER, D., «Can we learn from Eugenics?» *Journal of Medical Ethics*, núm. 25, 1999, pp. 183-194.

(17) AGAR, N., «Liberal Eugenics», *Public Affairs Quarterly*, volume 12, Number 2, April 1998, p.137. Traducción propia.

críticos, de manera más o menos sutil se encamine a los futuros padres a realizar determinadas elecciones. Al parecer, algunos médicos admiten que dan consejos sesgados, por ejemplo acentuando los aspectos negativos de determinada condición genética (18). Podría suceder, como argumenta Wikler, que el estado tuviera un nuevo papel, más acorde con nuestra época, no para coartar los derechos reproductivos sino para garantizarlos. Dejaremos la segunda preocupación para más adelante.

3. LAS CUALIDADES DE LA RAZA

El objetivo eugenésico era la mejora de un colectivo, que podía ser, según los casos, una raza, un pueblo, una nación o la humanidad en su conjunto. Tal cosa no es sorprendente, pues ya dijimos en el apartado II que uno de los pocos elementos comunes a todas las variantes del movimiento eugenésico fue, precisamente, su preocupación por lo que veían como una degeneración de la raza o nación. Y ese objetivo se ponía por encima de los individuos, de forma que parecía que el bien del colectivo bien valía el sacrificio de los individuos. Al igual que en el caso anterior, no es previsible que nadie pretenda resucitar este objetivo en su forma más cruda. Los futuros padres que utilizan las herramientas de la moderna genética no piensan en incrementar el bienestar de ningún colectivo, sino en el de su futuro hijo. Son decisiones de padres individuales que tienen como objetivo el bienestar de niños individuales.

Sin embargo, hay otro sentido en el que el bienestar del colectivo puede volver a adquirir importancia. Las enfermedades y discapacidades no solo suponen sufrimiento para quien las padece, sino también un coste económico que en ocasiones puede resultar considerable y en nuestros actuales estados del bienestar el coste no recae, ni creemos que deba recaer, de manera exclusiva en quien las padece. De hecho, muchos de los argumentos empleados durante el primer asalto hacían alusión directa al coste que para la sociedad suponía la existencia de ciertos individuos. En este caso, algunos individuos podrían verse presionados de modo más o menos indirecto en sus decisiones reproductivas para sacrificarse en aras del bien común. Se trataría aquí de lo que Wikler denomina «colectivismo en sentido amplio», que si bien se preocupa del bienestar de los individuos, está dispuesto a permitir el sacrificio de algunos individuos por el bien de otros. Hay que notar sin embargo que esto no es ni mucho menos algo distintivo en exclusiva de la eugenesia. En numerosos casos, que normalmente cuentan con nuestra aprobación, pedimos a algunos individuos que se sacrifiquen por otros. De hecho, los padres que renuncian a usar los elementos disponibles para evitar tener un hijo con defectos genéticos piden a otros, que contribuyen a pagar el coste, que se sacrifiquen. En una sociedad no es infrecuente, ni necesariamente malo, que unos sacrifiquen algo por otros. La cuestión está más bien en la distribución del sacrificio y en la compulsión utilizada para obtenerlo.

(18) KING, D., «Preimplantation genetic diagnosis and the “new” eugenics», *Journal of Medical Ethics* 1999; 25:176-182.

4. ¿QUÉ ES LO DESEABLE?

El tercer problema que presentó la eugenesia en su primer asalto fue su intento de imponer una determinada visión acerca de qué características son deseables. Con alguna rara excepción, todos pensaban que sabían cuál era el tipo humano ideal, bien asociado a una raza, a una clase o a la posesión de determinadas características, si bien en la práctica casi siempre se centraban en algunas poco controvertidas, tales como la inteligencia.

Hoy en día, la pluralidad de valores y estilos de vida está no solo mucho más extendida, sino que también su aceptación es mayor. Es posible que algunos individuos deseen que sus hijos estén dotados de una gran inteligencia, mientras que para otros esto puede ser secundario y pueden preferir que sean bien parecidos o que estén dotados de un carácter alegre, y en consecuencia sus elecciones reproductivas serán dispares. No estaríamos dispuestos a admitir que nadie nos impusiera su ideal. Parece que el segundo asalto lo protagonizará (lo está protagonizando) la llamada «eugenesia liberal» no solo en el sentido apuntado anteriormente de un tipo de eugenesia en el que las decisiones las toman los individuos sino también en el de que los individuos tomarán estas decisiones según sus propios valores e ideas acerca de la vida buena. El estado será neutral también en este sentido. De hecho, en la actualidad la metáfora dominante es la del «supermercado genético» que inaugurara Nozick (19).

Este repaso a lo que tuvo de malo la eugenesia, no en los accidentes de su aplicación sino en su propia definición, justifica que hoy en día muchos prefieran no hablar de eugenesia o que lo hagan añadiendo algún adjetivo, como en el caso de la eugenesia liberal. Este adjetivo señala adecuadamente que el tema ético y político principal que se plantea en la actualidad con relación a la eugenesia es hasta qué punto las elecciones reproductivas deben ser controladas o influenciadas por terceros, en especial si el tercero es el estado. Y la respuesta es, casi invariablemente, que muy poco.

V. EUGENESIA POSITIVA

En un libro publicado en 1984, Jonathan Glover decía que hay tres maneras de alterar la dotación genética de las generaciones futuras (20). La primera es una que no viene a nuestra mente cuando pensamos en este asunto, y es sin embargo la más habitual, admitida y antigua: la manipulación ambiental. Al cambiar el ambiente cambiamos las presiones selectivas, determinando en buena medida quién vive y quién muere. La segunda también es una vieja conocida, pues estaba directamente involucrada en las antiguas prácticas eugenésicas, y supone la toma de decisiones reproductivas. Solemos englobarlas bajo el término *selección*. Seleccionamos la dotación genética de nuestros hijos cuando elegimos nuestra pareja reproductiva, evitamos un embarazo cuando tenemos determinadas enfermedades o nos encon-

(19) NOZICK, R., *Anarchy, State and Utopia*, Blackwell. 1974. p. 315.

(20) GLOVER, J., *What sort of people should there be*, Penguin Books, 1984.

tramos en determinadas condiciones físicas, bien posponiéndolo o bien renunciando a la reproducción. Las nuevas técnicas reproductivas simplemente han hecho posible que la selección se efectúe de un modo más preciso y eficaz. La tercera es la auténticamente novedosa y viene de la mano de la ingeniería genética, que nos permite alterar los genes de nuestros hijos, bien mediante lo que se conoce como intervenciones en línea somática, en las que se realizan modificaciones en las células somáticas, o bien en línea germinal, mediante la que las modificaciones incluyen las células germinales. Estas últimas se realizan en los gametos o en el embrión en fases tempranas de desarrollo, mientras que las somáticas se realizan después del nacimiento, aunque podrían realizarse en la etapa fetal.

Cada una de estas categorías ha sido ampliamente debatida, y en gran medida plantean problemas específicos, que hacen que en muchos casos se admitan unas modalidades y otras no, o se consideren unas más problemáticas que otras. Por lo general, la selección se considera menos problemática y, dentro de las modificaciones, la germinal parece estar sujeta a mayores objeciones éticas. Aquí, no obstante, por lo general ignoraremos estas diferencias para centrarnos en la discusión de lo que todas tienen en común.

También en este resurgimiento, al que nos hemos referido como «segundo asalto» vuelven a aparecer las dos vertientes, positiva y negativa, de las que ya hablamos en apartados anteriores. En la actualidad, la eugenesia positiva consiste en la aplicación del conocimiento biológico molecular, y las técnicas derivadas de diagnóstico, selección e intervención genética, con la finalidad de obtener una descendencia que posea las mejores características, mientras que la eugenesia negativa busca corregir errores genéticos y eliminar enfermedades.

Sin embargo, salvo en la discusión histórica, estas dos vertientes, que en buena medida siguen existiendo, suelen aparecer bajo otras denominaciones. Victoria Camps, por ejemplo, habla de *eugenesia terapéutica* y *eugenesia perfeccionista* (21). Esta terminología recoge una distinción habitual en la discusión sobre la intervención genética, eugenésica o no, entre terapia y mejora. Una definición estándar de esos términos es la que sostiene que «el objetivo de la terapia es arreglar algo que se ha estropeado, curando enfermedades o heridas específicas, mientras que el objetivo de las intervenciones mejoradoras es elevar el estado de un organismo más allá de su estado saludable normal» (22). Aunque la distinción es sumamente cuestionable y tanto su pertinencia como su relevancia moral han sido muy discutidas, y contiene términos como «normal» que son difíciles de precisar y encierran una buena dosis de contenido valorativo (23), a efectos de este trabajo podemos darla por buena.

La mala fama de la eugenesia, que discutimos en el apartado II, en gran medida está asociada, como ya dijimos, a su vertiente negativa. Esto se debe en buena parte a la asociación de la eugenesia negativa con medidas crueles y fuertemente coercitivas. Puede que si la eugenesia positiva hubiera tenido estas características (por ejemplo, si se hubiera encerrado masivamente a individuos «adecuados» en cam-

(21) CAMPS, V., «¿Qué hay de malo en la Eugenesia?», *Isegoría* núm. 27, 2002, pp. 55-71.

(22) BOSTROM y ROACHE, «Ethical Issues in Human Enhancement» en *New Waves in Applied Ethics*, ed. Jesper Ryberg, Macmillan, 2008, p. 120. Traducción propia.

(23) Discuto esta cuestión a fondo en «Sobre la relevancia moral de la distinción mejora-tratamiento», *Dilemata*, n.º 10, 2012, pp. 307-328.

pos-granja, obligados a procrear sin descanso), seguramente nos hubiera escandalizado incluso más, por su carácter más invasivo de la libertad de los individuos.

Hoy se ve con mejores ojos la eugenesia negativa, hasta el punto de que la mayor objeción a esta es un argumento de pendiente resbaladiza que arguye que aceptar la negativa llevaría sin remedio a la positiva. El motivo de que la eugenesia negativa despierte menos rechazo no es otro que su carácter terapéutico, directo en el caso de la modificación y asimilable a la prevención en el caso de la selección. La excepción más notable viene de algunos argumentos esgrimidos desde las filas de algunos de los defensores de los derechos de los discapacitados, que argumentan que la eugenesia negativa les perjudicaría de distintas maneras y supondría una discriminación y una minusvaloración de sus personas y sus vidas. Esta cuestión, que se ha discutido, y se sigue discutiendo, ampliamente, resulta extremadamente delicada, pero por fortuna podemos evitarla aquí, pues nuestro foco de interés está en la eugenésica positiva.

En contraste con la aceptación general de la eugenesia negativa, la eugenesia positiva tiene pocos amigos. Objeciones más o menos articuladas han llovido sobre ella desde el principio, y la oposición, a veces cargada de indignación, viene no solo de círculos más o menos académicos, sino que también se da fuera de ellos, asociada popularmente al término despectivo de «bebés de diseño».

Podemos preguntarnos entonces, ¿qué tiene de negativo (o de positivo) la eugenesia positiva?

1. ¿QUÉ TIENE DE POSITIVO?

«Supongamos que una escuela se propone de forma deliberada mejorar las capacidades mentales y físicas de sus estudiantes. Supongamos que sus objetivos declarados son asegurar que sus alumnos salen de la escuela no solo más inteligentes, sanos y en mejor forma física que cuando llegaron, sino más inteligentes, sanos y en mejor forma física de lo que estarían si hubieran ido a otra escuela. Supongamos que además afirman que sus estudiantes serán más inteligentes, tendrán mejor salud y una vida más larga, y estarán más preparados física y mentalmente que ningún niño en la historia. (...) ¿Cuál debería ser nuestra reacción?» (24).

Con este comienzo tan directo, que he querido citar por extenso, John Harris nos enfrenta con la posibilidad de unos individuos mejorados. Entre las posibles reacciones, Harris menciona la incredulidad y el escepticismo. Superadas, o al menos neutralizadas, muy probablemente nuestra reacción sería positiva, aunque no totalmente sin reservas. Puede que, antes de dejarnos llevar por el entusiasmo, queramos saber si por el camino los alumnos de esta escuela no se dejaron algo importante, si no se volverán fríos o arrogantes hasta un punto en que estos defectos contrarresten las ventajas adquiridas. Quizá nos interese por el precio de la escuela, y queramos saber si se ofrece algún tipo de ayuda. Pero probablemente no tendríamos ninguna objeción de principio. Después de todo, para eso están las escuelas, y si esta puede cumplir su objetivo de un modo sobresaliente, difícilmen-

(24) HARRIS, J., *Enhancing Evolution*, Princeton University Press, 2007, p. 1. Traducción propia.

te puede ser esto un punto en su contra. Seguramente los padres querrán enviar allí a sus hijos.

Supongamos ahora que algo similar puede decirse no de una escuela sino de una serie de medidas que pueden tomarse antes del nacimiento del niño. Aplicándolas, podemos conseguir que nazca un niño más sano, fuerte y con la mejor dotación posible. Este es el objetivo natural de los cuidados prenatales, desde los controles a los suplementos de ácido fólico, el abandono de hábitos perjudiciales para el feto y el cuidado en la alimentación materna. Posiblemente, nuestras dudas y preguntas serían también similares a las que planteamos a la escuela, pero también sin duda nuestra reacción sería positiva.

Supongamos además que nadie nos obliga a tomar estas medidas, como nadie nos obliga a enviar a nuestros hijos a esa escuela. Supongamos también que podemos escoger distintas mejoras para nuestros hijos, según nuestros propios valores y estilos de vida, tal y como podemos escoger entre una escuela que ofrece como actividad extra escolar música, baloncesto o ballet (lamentablemente, no hay tiempo para todo). Estaríamos contemplando la eugenesia liberal en su vertiente positiva o mejoradora.

Nuestra sociedad defiende una libertad muy grande, si bien no absoluta, de los padres en relación con la crianza y educación de sus hijos (25). La defendemos por buenos motivos, relacionados tanto con el bienestar del hijo como con la autonomía de los padres para desarrollar el estilo de vida que ellos eligen. En general, en una sociedad liberal, si bien la libertad de los individuos no es, ni mucho menos, absoluta, y admitimos que algunas libertades, incluso derechos consagrados, pueden limitarse en determinados casos, la presunción está del lado de la libertad. En palabras de Harris, «Uno de los presupuestos de las democracias liberales es que no se debe interferir en la libertad de los ciudadanos a menos que se tengan buenas y suficientes razones para hacerlo. (...). Solo los peligros serios y reales, bien para otros ciudadanos o para la sociedad, son suficientes para vencer dicha presunción. Si se acepta un estándar menos exigente, la libertad está muerta». (26)

Teniendo entonces presente que en principio la eugenesia liberal en su vertiente positiva parece proponer un objetivo natural, e incluso encomiable, para los padres, que estos pueden asumir o no, o hacerlo en la medida en que lo consideren conveniente, y que interferir en su libertad de asumirlo atentaría gravemente contra derechos y libertades que consideramos sumamente valiosas, ¿qué puede decirse en contra de la eugenesia positiva?

2. ¿QUÉ TIENE DE NEGATIVO?

Es habitual englobar a los que se oponen al uso de las tecnologías mejoradoras bajo el calificativo de *bioconservadores*. Bajo esa denominación pueden encontrarse autores por lo demás muy distintos y con distintas filiaciones, entre

(25) He desarrollado este tema con el mayor detenimiento en «Qué hijos tener. Libertad procreativa, autonomía parental y principio del daño» *Tέλος Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, XVIII/1-2, 2011, pp. 127-151.

(26) HARRIS, J., *Enhancing Evolution*, Princeton University Press, 2007. p. 72. Traducción propia.

los que destacan Leon Kass, Jürgen Habermas, Francis Fukuyama, George Annas y Michael Sandel. Aparte de las preocupaciones respecto a los riesgos de las nuevas tecnologías biomédicas y a las consideraciones sobre el acceso a las mismas, que otros muchos autores notablemente menos opuestos comparten (27), consideran que su uso más allá de la terapia constituye una amenaza a la dignidad humana, que pone en cuestión la propia existencia de una naturaleza humana, que se considera valiosa y digna de ser preservada, y proponen por consiguiente que su uso sea severamente restringido o sencillamente prohibido. La oposición de los bioconservadores es tan fuerte que Annas considera que estas tecnologías son crímenes contra la humanidad (28) y Habermas aboga por el reconocimiento de un derecho a una herencia genética libre de intervención artificial (29). Esta actitud de rechazo absoluto se acentúa aún más si cabe en el caso de la intervención eugénica, pues a los males y amenazas ya señalados se une el cargo de pervertir la relación paterno-filial y destruir la autonomía e identidad de los así nacidos. Todas estas objeciones han sido contestadas por extenso y no vamos a detenernos aquí en ellas (30). Me centraré en algunas relacionadas con los problemas vistos en el apartado anterior.

Las distintas definiciones de la eugenesia que pueden encontrarse en la literatura tienen, al margen del contenido, lo que podríamos llamar una estructura común. La eugenesia implica un agente con un objetivo. En el «primer asalto» típicamente el agente era el estado y el objetivo la mejora de un colectivo, y lo que se consideraba mejor o deseable era definido por el agente promotor. De ahí derivaban los problemas y cargos de «estatismo» y «colectivismo» ya mencionados. En este «segundo asalto» ninguno de estos cargos se sostiene. El propio banco de Graham era un ejemplo de esta nueva eugenesia. Desde luego, su concepto acerca de las características deseables era muy determinado, y no especialmente diferente del sostenido por muchos promotores de principios del siglo xx, centrados en las capacidades intelectuales. Pero él no pretendía imponer a los padres que se acercaban a su banco estas elecciones. No en vano el nombre de su banco hacía referencia a la «elección germinal». De hecho, muchas de las parejas estaban más interesadas en elegir donantes bien parecidos, atléticos o con unas aficiones que armonizaban con su estilo de vida. En la actualidad, el agente son las parejas (o personas) individuales, y su objetivo es tener un hijo con la mejor predisposición genética posible, definida según sus propios valores y concepto de la vida buena. La eugenesia liberal parece sensiblemente diferente de la antigua eugenesia en todos los puntos que se consideran esenciales y problemáticos. Frente a la eugenesia originaria, que en muchas ocasiones suponía una violación de la libertad reproductiva de los individuos, la nueva eugenesia liberal ampliaría el alcance de esta libertad. Parece que hemos eliminado lo que la vieja eugenesia tenía de malo.

(27) Por ejemplo, BUCHANAN *et al.*, en *From Chance to Choice* muestran una postura de precaución frente a las mejoras genéticas con especial énfasis en consideraciones de justicia y acceso a las tecnologías.

(28) ANNAS, G., *American Bioethics: Crossing Human Rights and Health Law Boundaries*, Oxford University Press, 2005.

(29) HABERMAS, J., *The Future of Human Nature*. El Consejo Europeo recoge este derecho en su recomendación 934 del 26 de enero de 1982.

(30) Pueden encontrarse discusiones al respecto en las obras mencionadas de GLOVER, J. y HARRIS, J.

Sin embargo, hay objeciones que consideran que la nueva eugenesia liberal no es, apariencias aparte, tan distinta de la antigua, y que por tanto está sujeta también a las mismas críticas. Tales objeciones identifican la eugenesia no solo con la operación de un agente que tiene un objetivo, sino también con las consecuencias reales de las medidas eugenésicas, y temen que la nueva eugenesia tenga las mismas consecuencias que la antigua. Esta volvería a entrar por la puerta trasera, lo que les hace hablar de una nueva *backdoor eugenics*. En lo que resta de este trabajo me centraré en las objeciones más notables de esta categoría.

A. No tan libres

El estado puede ejercer su poder coercitivo de manera directa o indirecta. Podemos ver estas dos formas de operar con el ejemplo de la vacunación de los menores, que muchos consideran, con buenas razones, una medida mejoradora. El estado puede obligar a los padres a vacunar a los niños mediante leyes, vigilando el cumplimiento de esta obligación y haciéndola forzosa o bien imponiendo severas multas a su incumplimiento. Esto sería una coerción directa. También puede, como sucede en muchos países, no establecer una obligación directa pero exigir la vacunación como requisito para la escolarización. O podría establecer la vacunación como requisito para la obtención de becas escolares u otro tipo de ayudas. Sería una coerción indirecta.

Diversas voces han señalado que la ausencia de coerción por parte del estado, tanto directa como indirecta, no garantiza la libertad de las elecciones de los padres. Volviendo al ejemplo anterior, el estado puede promover mediante campañas, que pueden llegar a ser muy intensas, las bondades de la vacunación. Pero además, el control social puede ejercerse por parte de agentes no estatales. Vimos un ejemplo en el apartado anterior al referirnos a la capacidad para el consejo directivo de consejerías genéticas supuestamente no directivas. El control social también puede ejercerse de forma más difusa y por agentes menos específicos. Puede haber un clima social en el que las vacunas se consideren altamente deseables y en el que los padres que no vacunan a sus hijos sean vistos como «malos padres» y sujetos a las diversas sanciones sociales habituales, que pueden ir desde la murmuración al ostracismo. También es posible que si una mejora se vuelve habitual, los individuos no mejorados se encuentren en desventaja, lo que presionaría a los padres a efectuar mejoras incluso contra su voluntad. El ejemplo habitual es el incremento de la altura. Si la hormona del crecimiento es utilizada de forma generalizada para elevar la altura de niños que de otra forma estarían dentro de los parámetros normales, se elevaría la estatura media, de modo que los niños no mejorados se encontrarían por debajo de esta. Los padres que no desean mejorar a sus hijos, o que no elegirían este tipo de mejora por considerarla irrelevante, se verían en la tesitura de tener que elegir entre efectuar una mejora no deseada o colocar a su hijo en desventaja frente a los demás.

Todas estas posibilidades, por lo demás muy reales, hacen que pueda hablarse no solo de *medidas coercitivas* sino también de *situaciones coercitivas*. Y plantean ciertas cuestiones. La primera es si podemos protegernos de manera eficaz contra ellas, y la respuesta es que depende. Podemos, por ejemplo, impedir las campañas estatales de propaganda a favor de determinadas mejoras, apelando a la neutralidad

que el estado debe exhibir en las sociedades liberales. Podríamos prohibir las campañas propagandísticas de agencias privadas, aunque tendríamos que tener muy buenas razones para ello. Como dijimos al comienzo de esta apartado, la presunción a favor de la libertad hace que la carga de la prueba recaiga sobre el que quiere establecer una prohibición. Pero no se puede prohibir un clima social. La segunda cuestión es si puede evitarse por completo. Desde luego puede evitarse prohibiendo el uso de las tecnologías mejoradoras, tal como los críticos proponen. Sin embargo, esto tiene una dificultad y plantea un problema. La dificultad estriba en que por lo general las mismas tecnologías pueden utilizarse con fines terapéuticos y mejoradores, lo que hace que no pueda prohibirse la tecnología sin renunciar a su uso terapéutico. Puede intentar regularse en ese sentido, pero sin un criterio claro para distinguir la terapia de la mejora, es más que probable que el uso mejorador se diera de forma encubierta. La historia está llena de ejemplos. Recuérdese como muestra que nunca se vieron tantos desarreglos menstruales como cuando el uso de la «píldora» estuvo prohibido como método anticonceptivo pero permitido para el uso terapéutico. El problema es que se evitaría la presión sobre algunas personas al precio de la coerción directa y estatal sobre otras, a quienes se les impediría el acceso a tecnologías y/o usos que desearían poder elegir.

La tercera cuestión es si la existencia de estas presiones es mala, y en qué sentido lo es. El sentido principal, que es el objeto de este apartado, diría que es mala porque hace que las elecciones de los padres no sean libres o «auténticamente libres». Serían, desde luego, libres en el sentido formal pues no estarían obligados en sentido estricto a mejorar a sus hijos. Pero no lo serían en otro sentido. Diane Paul nos recuerda que no hay una única manera universalmente admitida de definir «coerción» ni «elección libre» (31), ni siquiera dentro de la propia tradición liberal. La mencionada ausencia de coacción legal es suficiente para algunos, mientras que para otros una elección solo es libre si tenemos la capacidad práctica de hacer algo o de negarnos a hacerlo. Este segundo sentido puede contener cosas muy diversas. Contiene, por ejemplo, consideraciones económicas. Si el estado no me obliga a mejorar a mis hijos pero me impone sanciones económicas, o me retira ayudas a las que de otro modo sería acreedor si no lo hago, mi capacidad de resistencia depende crucialmente de mi capacidad económica: solo si tengo suficientes medios económicos puedo negarme y asumir el coste, pagar la sanción o prescindir de la ayuda. Esto puede ser un argumento para protegernos de este tipo de presiones, que como vimos pueden evitarse. Pero si entendemos este sentido de libertad con matices más amplios, interpretando que la capacidad práctica incluye cosas como la capacidad psicológica de ignorar la presión social o la fortaleza de carácter de no vernos demasiado afectados por ella, estaremos seguramente yendo demasiado lejos y corremos el riesgo de identificar la acción libre con la acción no influenciada. Desde este punto de vista, resulta dudoso que haya alguna acción que merezca el calificativo de libre.

Hay sin embargo otros dos sentidos en los que la presión social puede ser mala. Los dos están relacionados con las consecuencias sociales que podrían tener las elecciones individuales. Ambas podrían aparecer incluso si las elecciones individuales fueran tan libres como se pretende, pero se agudizan por efecto de la presión

(31) PAUL, D., «Eugenic Anxieties, Social Realities, and Political Choices», *Social Research*, vol. 59, No. 3, *Science and Politics*, Fall 1992, pp. 669-670.

social. La primera apunta a una posible homogeneización de la población con la consiguiente pérdida de diversidad. Las sociedades liberales no solo aceptan sino que valoran la diversidad de gustos y aptitudes de sus ciudadanos y la diversidad de planes de vida que de ella se sigue. Precisamente, el reconocimiento de esta diversidad de valores es un punto a favor de la eugenesia liberal. Pero si la presión social es demasiado fuerte, hasta el punto de determinar en gran medida las elecciones individuales, la tendencia dominante, junto con las fuerzas del mercado, podría desembocar en una situación en la que las elecciones convergieran hacia unas cuantas características, de modo similar a lo que sucede con las tendencias de moda y con un resultado similar: en parte por la presión que nos dirige a vestirnos «a la moda» y en parte porque el mercado tiende a ofrecer y potenciar productos muy demandados, todos acabamos vistiendo de manera similar. Los que temen esta tendencia señalan que esto ya sucede con la mejora de las cosechas, que ha eliminado en buena medida la diversidad de productos agrícolas.

Los defensores de la eugenesia liberal suelen apuntar lo improbable de este resultado. Los individuos suelen realizar sus elecciones según sus valores incluso cuando estos no son los dominantes y cuando el mercado apunta en otra dirección. La minoría partidaria del consumo de productos ecológicos no suele arredrarse ante las actitudes mayoritarias y si en el supermercado cercano a su casa no encuentran los productos que desean no tienen ningún problema en desplazarse para conseguirlos. El propio ejemplo de la moda muestra que no hay *una* moda. La presión social hacia la conformidad con un solo patrón, o unos pocos, lejos de aumentar ha disminuido. Claro que el mercado no ofrece algo en lo que solo tú estás interesado, y puede que en el peor de los casos la posibilidad de elegir las características de nuestra descendencia no resulte en una mayor variedad, pero no se ve por qué motivo va a resultar en una menor. Incluso si la amenaza fuera real, la idea de sacrificar las libertades individuales para mantener un determinado patrón social, de diversidad en este caso, no resulta especialmente atractiva. Lo malo de la imposición de determinadas características como objeto de selección eugenésica que se producía durante el primer asalto no estaba en la homogeneidad, sino precisamente en la imposición. Lo malo no era que nacieran más niños con ojos azules, sino que se esterilizara a los padres de ojos diferentes o no se les preguntara su opinión al respecto.

El segundo sentido en que la presión social puede ser mala apunta a un caso en el que la pérdida de diversidad sí sería moralmente problemática. En todas las sociedades existen prejuicios y aunque en la nuestra en la actualidad probablemente sean menos en cantidad e intensidad que en otros momentos y lugares, no está desde luego libre de ellos. Aún existen, por ejemplo, prejuicios ligados a características «raciales», como el color de la piel, o a la orientación sexual, y muchos temen que las tecnologías mejoradoras se utilicen de forma que se refuercen los prejuicios. Puede haber muchos padres que no consideren que un hijo heterosexual sea en ningún sentido un individuo mejor, sencillamente porque no crean que la heterosexualidad sea superior, pero mientras los niños en el colegio sigan acosando a sus compañeros con tendencias homosexuales, estos mismos padres pueden considerar que, pese a no ser «mejor» en sentido general y abstracto ser heterosexual, desde luego es mejor para sus hijos, en la medida en que los pondrá fuera del alcance de los homófobos (o racistas) con los que van a encontrarse. Es asunto controvertido que haya algún factor genético detrás de la tendencia sexual, pero si lo

hubiera los padres que quieren evitar problemas a sus hijos podrían verse tentados a seleccionar en su contra para minimizar el riesgo de homosexualidad. Lo malo es que este loable propósito de los futuros padres, que solo desean el bien de su hijo, supondría *de facto* una complicidad con los prejuicios.

Algunos defensores de la eugenesia liberal señalan acertadamente que en estos casos la solución no pasa por cambiar el genoma, sino las actitudes sociales hacia personas que muestran determinados rasgos, y que mientras estas persistan no debería ofrecerse a los padres la opción de realizar este tipo de elecciones. Otros, aunque coinciden en el diagnóstico, se muestran más comprensivos con los padres, especialmente si el sufrimiento que quieren evitar a sus hijos es considerable y muy probable. Por ejemplo, Julian Savulescu, considerando el caso de la elección de sexo, señala que en contextos en los que las niñas son abandonadas, o están sometidas a un riesgo elevado de padecer abusos y sufrir condiciones de vida notablemente peores que los niños, si bien es verdad que la solución pasa por un cambio social este debe ser independiente de las decisiones reproductivas. (32) La reproducción no debe ser un instrumento para el cambio social, y esto es precisamente lo que diferencia la eugenesia actual de la antigua.

El propio desacuerdo en este terreno entre los defensores de las opciones mejoradoras muestra que aquí parece haber caso para prohibir, al menos en ciertos contextos y de forma temporal, determinadas elecciones.

B. Demasiado libres

El segundo tipo de objeciones de las que nos ocupamos aquí proceden de un cargo opuesto a las anteriores. Según éstas las elecciones individuales no solo serían libres sino demasiados libres y se permitiría que los padres dotaran a sus hijos de características que, si bien puede que sean deseables desde el punto de vista de los padres, les perjudicarían. La ampliación de la libertad reproductiva que supone la nueva eugenesia iría para los críticos demasiado lejos. No hay porqué dudar de que los padres desean, por regla general, lo mejor para sus hijos, pero puede que sus valores e ideas acerca de la buena vida sean controvertidos o pueden estar, por diversos motivos, sencillamente equivocados. Los temores acerca de una libertad excesiva pueden agruparse en dos tipos de casos.

El primer tipo se produce porque en nuestras sociedades, si bien hay una considerable pluralidad acerca de lo que se considera una vida buena y de las características personales que te permiten o facilitan llevar tal vida, hay un notable acuerdo en qué cosas son poco o nada deseables. Pero un acuerdo notable no es un acuerdo total. Estos casos están paradigmáticamente representados por la elección reproductiva de una pareja de lesbianas, cuya historia saltó a la prensa en 2002. Sharon Duchesneau y Candy McCullough deseaban tener un hijo y se dirigieron a un banco de esperma con una petición poco usual. La pareja era sorda y deseaban un donante con sordera congénita, que garantizara que su hijo tuviera también esta característica. Ha habido también casos de padres con enanismo que han querido garantizar, acudiendo a técnicas reproductivas, esta condición para sus hijos. Estas

(32) SAVULESCU, J., «Beneficencia procreativa: la obligación moral de tener los mejores niños» en RODRÍGUEZ LÓPEZ y BONETE *¿Decisiones peligrosas? Una bioética desafiante*, Tecnos 2012, p. 60.

parejas consideran que tener tales características es lo mejor para sus hijos, en ocasiones porque, por ejemplo, consideran que ser sordo no es en ningún sentido algo indeseable sino, muy al contrario, el pasaporte de entrada y pertenencia a una comunidad solida con una cultura rica y valiosa, y en otras ocasiones porque aún concediendo que el enanismo, por ejemplo, no es bueno en términos absolutos, puede mantenerse que sí lo es para este niño en concreto que va a ser hijo de una pareja en concreto que, precisamente por tener dicha condición, vive en un entorno, físico y social, bien adaptado a personas que comparte esta característica.

El segundo caso lo presentan determinadas elecciones que pueden perjudicar a los futuros hijos dotándoles de características que, si bien les hacen particularmente aptos para desarrollar un estilo de vida en concreto, les incapacitan, o dificultan extremadamente, para embarcarse en otros, con la consecuencia de que pueden verse abocados al tipo de vida que sus padres consideran el mejor simplemente por no tener opción. Estos niños serían menos libres de lo que lo hubieran sido de otro modo, de forma que aunque según sus padres hayan sido mejorados, desde su propio punto de vista, o desde el del resto de la sociedad, pueden estar peor. La ampliación de la libertad de los padres se habría comprado al precio de reducir la de los hijos.

Hay que empezar por decir que los defensores de la eugenesia liberal no están ni mucho menos comprometidos con la defensa de una libertad absoluta de los padres, ni la defensa de una libertad para ejercer elecciones genéticas reproductivas tiene por qué ser más amplia de la que se les concede en las sociedades liberales para realizar elecciones no genéticas. No creemos, ni mucho menos, que los padres puedan hacer cualquier cosa que deseen, o que consideren buena, con sus hijos. El principio comúnmente admitido es el formulado por Mill y que suele conocerse como *Principio de la libertad* o *Principio del daño* (33), según el cual la libertad de los individuos puede ser legítimamente limitada cuando de su ejercicio se sigue un daño, o un riesgo considerable de daño, para terceros, y las elecciones de los padres, genéticas o no, con respecto a sus hijos entran de lleno en este supuesto, pues siempre hay un tercero involucrado: el hijo en cuestión.

Aparte de esta consideración de carácter general, los dos tipos de casos son bien distintos. El primer tipo engloba casos en los que las elecciones de los padres dotan al hijo de alguna característica que por lo general consideramos dañina o indeseable. El propio Nicholas Agar, sin duda uno de los máximos promotores de la eugenesia liberal, muestra poca simpatía por tales elecciones (34). Otros, sin embargo, se muestran más cautelosos, reconociendo que, en efecto, en ciertas circunstancias los padres pueden tener buenos motivos para realizar este tipo de elecciones y estas deben ser permitidas, al menos si se realizan mediante selección y no mediante modificación (35).

(33) El principio aparece en su obra *On Liberty*.

(34) AGAR, N., *Liberal Eugenics*, Blackwell, 2004, pp. 105 y ss.

(35) Ver por ejemplo SAVULESCU, J., «Deaf lesbians, «designer disability,» and the future of Medicine», *BMJ* Vol. 325 October 2002, pp. 771-773. Ya dijimos que la selección y la manipulación presentan aspectos característicos y problemas específicos que aquí íbamos a ignorar. Brevemente, para algunos autores como Savulescu la selección es menos problemática en la medida en que un individuo nacido por selección, de embriones por ejemplo, no puede quejarse de su condición, salvo que esta sea tan mala que hubiera sido mejor no haber nacido, lo que desde luego no es el caso de la sordera, pues la alternativa hubiera sido no haber nacido en absoluto.

El segundo tipo de casos nos enfrenta a elecciones mediante las cuales los padres restringen severamente las elecciones futuras de sus hijos. Limitan su libertad de elegir y perseguir con perspectivas de éxito planes de vida distintos de aquellos para los que sus padres les han «diseñado». Hay que decir, en primer lugar, que los críticos de la eugenesia liberal en este punto tienden o bien a caer en un determinismo genético hoy en día desacreditado, según el cual las elecciones genéticas determinan absolutamente las características fenotípicas de los individuos, ignorando la decisiva influencia del entorno en el que el organismo se desarrolla, o bien a olvidar que los padres, mediante las decisiones que toman acerca de la crianza y educación de sus hijos, pueden también restringir gravemente sus opciones futuras. Cuando unos padres proporcionan lecciones intensivas de violín o ballet a sus hijos de varias horas diarias, o cuando los padres Amish retiran a sus hijos de las escuelas antes de la edad legalmente establecida para que no se contaminen con el contacto del mundo exterior a su comunidad, están sin lugar a dudas encaminándolos a un futuro determinando y dificultando seriamente, si no imposibilitando, su elección de otros futuros posibles.

En general, es imposible criar y educar a un hijo sin encaminarle a cierto estilo de vida y moldear sus valores a semejanza de los nuestros. Cuando se trata de elecciones «ambientales», las sociedades liberales conceden, por muy buenos motivos, una amplio margen de libertad a los padres, aunque no absoluta. Los defensores de la eugenesia liberal por lo general se limitan a señalar la similitud entre las elecciones genéticas y las ambientales, y a defender que no deben imponerse en un caso ni más ni menos restricciones a la libertad de los padres que en el otro. Puesto que no es posible educar sin restringir en alguna medida la libertad futura, la discusión se centra en cuánta restricción debe permitirse. Agar, por ejemplo, argumenta que solo deben prohibirse aquellas elecciones parentales que impiden que el hijo desarrolle valores distintos a los de sus padres o hace improbable que, caso de poder desarrollarlos, pueda embarcarse en un proyecto de vida acorde con sus propios valores con alguna garantía de éxito.

3. BALANCE

Hemos analizado los cargos contra la eugenesia liberal, en su vertiente positiva, que temen o bien que se reproduzcan los antiguos problemas y las elecciones libres no lo sean tanto, o bien que sean tan libres que se permita perjudicar a los hijos. Dichos cargos, con independencia de que sean más o menos aceptables y reflejen preocupaciones reales y dignas de tener en cuenta, suelen mostrar una comprensión cuestionable de la eugenesia liberal. Probablemente influidos por los problemas causados por el estatismo y el colectivismo de la primera eugenesia, y por la propia convicción de los promotores de la eugenesia liberal de la necesidad de alejarse de dichos peligros, tienden a pensar que la eugenesia liberal niega al estado cualquier papel regulador. Nada más lejos de la realidad. Los liberales suelen reconocer al estado como mínimo el papel de garantizar las libertades individuales e impedir el daño a terceros. Ambos papeles no tienen por qué tener menor importancia en el terreno de las elecciones reproductivas genéticas de la que tienen en otros más tradicionales. Lo único que piden es una presunción a favor de la

libertad que limite el papel de la intervención estatal a aquellos casos en los que este ha de velar por las libertades reproductivas de los individuos y en los que el daño o la amenaza de daño que se siguen del ejercicio de estas libertades sean reales y superiores al daño que produciría la regulación. Puede que algunas decisiones de los padres en este terreno sean cuestionables, como lo son muchas de sus elecciones respecto a la crianza y educación de sus hijos, pero conviene recordar que la libertad tiene, como todo, un precio.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAR, Nicholas, «Liberal Eugenics», *Public Affairs Quarterly*, volume 12, Number 2, April 1998, pp. 137-155.
- *Liberal Eugenics*, Blackwell, 2004.
- ANNAS, George, *American Bioethics: Crossing Human Rights and Health Law Boundaries*, Oxford University Press, 2005.
- ARISTÓTELES, *Política*.
- BUCHANAN *et al.* *From Chance to Choice*, Cambridge University Press, 2000.
- BOSTROM y ROACHE, «Ethical Issues in Human Enhancement» en *New Waves in Applied Ethics*, ed. Jesper Ryberg, Macmillan, 2008.
- BROBERG, Gunnar and ROLL-HANSEN, Nils eds., *Eugenics and the Welfare State: Sterilization Policy in Denmark, Sweden, Norway, and Finland*, East Lansing, Michigan, 1996.
- CAMPS, Victoria, «¿Qué hay de malo en la Eugenesia?», *Isegoría* núm. 27, 2002, pp. 55-71.
- FREEDEN, Michael, «Eugenics and Progressive Thought: A Study in Ideological Affinity», *The Historical Journal*, vol. 22, núm. 3, Sep., 1979, pp. 645-671.
- GALTON, Francis, *Inquiries into human faculty and its development*, MacMillan, 1883.
- «Eugenics: its definition, scope and aims», *The American Journal of Sociology*, vol. 10, No. 1, Jul., 1904, 1-25.
- GALTON, David J., «Greek Theories on Eugenics» *Journal of Medical Ethics* 24, 1998, pp. 263-267.
- GLOVER, Jonathan, *What sort of people should there be*, Penguin Books, 1984.
- HABERMAS, Jürgen, *The Future of Human Nature*, Polity Press 2003.
- HARRIS, John, *Enhancing Evolution*, Princeton University Press, 2007.
- KEVLES, D., *In the Name of Eugenics. Genetics and the uses of Human Heredity*, New York, 1985.
- KING, David S. «Preimplantation genetic diagnosis and the “new” eugenics», *Journal of Medical Ethics* 1999, 25, pp. 176-182.
- LOMBARDO, Paul, «Taking Eugenics seriously», *Florida State University Law Review* 191, 2003, pp. 191-218.
- MACKENZI, Donald, «Eugenics in Britain», *Social Studies of Science*, vol. 6, No. 3/4, 1996, pp. 499-532.
- MILL, John S., *On Liberty*.
- MULLER, Hermann, *Out of the Night: a biologist's view of the future*, The Vanguard Press, 1935.
- NOZICK, Robert *Anarchy, State and Utopia*, Blackwell. 1974.

PLATÓN, *La República*.

— *Las Leyes*.

PAUL, Diane, «Eugenic Anxieties, Social Realities, and Political Choices», *Social Research*, vol. 59, núm. 3, *Science and Politics*, Fall 1992, pp. 663-683.

— *The politics of heredity: Essays on eugenics, biomedicine, and the nature-nurture debate*, State University of New York Press, 1998.

PLOTZ, David, *The genius factory*, Random House, 2005.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, Blanca, «Sobre la relevancia moral de la distinción mejora-tratamiento», *Dilemata*, núm. 10, 2012, pp. 307-328.

— «Qué hijos tener. Libertad procreativa, autonomía parental y principio del daño», *Tέλος Revista Iberoamericana de Estudios Utilitaristas*, XVIII/1-2, 2011, pp. 127-151.

SAVULESCU, Julián, «Beneficencia procreativa: la obligación moral de tener los mejores niños» en RODRÍGUEZ LÓPEZ y BONETE *¿Decisiones peligrosas? Una bioética desafiante*, Tecnos 2012.

— «Deaf lesbians, «designer disability», and the future of Medicine», *BMJ*, vol. 325, October 2002, pp. 771-773.

SINGER, Peter, «Shopping at the Genetic Supermarket», en SY Song, YM Koo and DRJ. MACER (eds.), *Bioethics in Asia in the 21st Century*: Eubios Ethics Institute, 2003, pp. 143-156.

TESTAR y SELE, «Towards an efficient medical eugenics: is the desirable always the feasible?», *Human Reproduction*, vol. 10 núm. 12, 1995, pp. 3086-3090.

WIKLER, Daniel, «Can we learn from Eugenics?» *Journal of Medical Ethics*, núm. 25, 1999, pp. 183-194.